

Me duele el Inglés

Juan Carlos López Rodríguez – Maestro

En alguna ocasión nos encontramos con niños que no quieren ir al colegio porque se encuentran mal, después de llevarles al médico en varias ocasiones «aparentemente» no se halla ninguna causa a ese dolor de cabeza o dolor de barriga, dolores que en muchos casos, aunque su causa sea psicossomática, son reales.

Si indagamos un poco el día y la hora del dolor podremos encontrar que se producen ciertas coincidencias que pueden pasar por alto en la exploración clínica, son dolores que aparecen justo antes de la hora de Inglés o de Matemáticas, o antes de esa asignatura en la cual el profesor no deja ir al servicio, y los males se agudizan si no se han hecho los deberes o si hay un examen que estudiar.

Si a esos niños o adolescentes les dejásemos ir solos al médico y ante la pregunta de «¿Qué te pasa?» responderían, en mi caso, me duele el Inglés. Sin querer frivolarizar el tema creo que se debe indagar las causas de ese malestar y por qué se produce, qué causa ese «miedo a la asignatura o al profesor», y sin pretender eximir de culpa a los docentes, que a veces puede que con nuestra actitud, ironía o manera de hablar, puedan intimidar a los alumnos y tras alguna experiencia al respecto, he llegado a algu-

nas conclusiones: Como ya he mencionado el dolor se agudiza cuando no se ha cumplido con su deber. Yo mismo cuando veo a la Guardia Civil de tráfico me siento se-

«Si a esos niños o adolescentes les dejásemos ir solos al médico y ante la pregunta '¿Qué te pasa?' responderían, en mi caso, me duele el Inglés»

guro, pero si alguna vez no llevo cinturón de seguridad (no suele pasar) o he corrido más de la cuenta y me encuentro con ellos, tengo que reconocer que también tengo algún síntoma parecido al «dolor de Inglés». En ocasiones también he comprobado que las causas son debidas a las «bajas defensas» o falta de anticuerpos educativos que les facilitamos los docentes o familias. De esta forma cuando alguna vez me ha sucedido y por supuesto he reflexionado para ver si realmente «me he comportado demasiado severo», he llegado a la conclusión de que lo único que exigía a mis alumnos era por

ejemplo, que hay que callarse cuando otros hablan, que hay que traer el material a clase, que hay que trabajar en casa y en clase, que «el que la hace la paga» (por supuesto siempre con parámetros educativos y pedagógicos), que estudiar también es una manera de aprender y que las malas conductas, si son reiterativas, se informa a los padres. Pero a veces, los niños de hoy no han estado expuestos a la medicina de la «corrección» y la educación y, por ello, su sentido de la frustración es muy bajo.

Si los padres no actúan inteligentemente, el problema se puede agudizar. Esto es, si dan demasiada importancia a «la enfermedad», o si el niño consigue librarse de un examen gracias a «ese malestar» y la aquiescencia de los padres. O si, por ejemplo, en sus afán protector, los padres ponen notas a los profesores justificando que su hijo no ha podido hacer los deberes por estar enfermo y eso les vale, entonces el niño aprende que esa enfermedad comienza a ser rentable y no está tan mal el «dolor de Inglés».

Mi consejo para los padres cuando se da uno de estos casos, es que lo primero es ir a clase y después al médico. Lo que muchos psicólogos llaman «curar aproximándose al objeto fóbico», pues si no lo hacemos así corremos el peligro de que nos to-

men el pelo. Y en el caso en que decidan dejarlos en casa, deben poner alguna norma: si uno está enfermo, hace vida de enfermo; es decir, se permanece en la cama, no se juega y tampoco se juega con amigos ni se sale a la calle. Imagínense si por casualidad en esas salidas se encuentra con un profesor o amigo.

Ayuda mucho en estas ocasiones tener un tipo de relación con nuestros hijos en la cual se les permita expresar sus sentimientos. Ante los niños, se deben ignorar comentarios negativos sobre la escuela y reforzar todo comentario positivo que el niño u otros compañeros hagan. Y, por supuesto, ante la primera sospecha, se debería hablar con los docentes y comentar el caso.

Por supuesto si el problema no se soluciona o se agrava, deberíamos, en última instancia, consultar con el psicólogo y buscar algún método de solución.

La pena es que el «dolor de Inglés» suele ser causa «bacteriana» y no «viral» y no quiero decir con ello que deseo que todos los alumnos cojan el «dolor de Inglés», sino que, por el contrario, no estaría mal que surgiese una variante de este «virus» que no produjese dolor pero sí aprendizaje del Inglés y que este mal fuera altamente contagioso.